

# El capitán Alonso

C. R. Villanueva

Image not found.

## Capítulo 1

Sabía que aquello tenía sus pistas. Era una mujer, tenía la cabeza rapada y la fotocopia a su lado.

Caminé despacio para intentar pensar en qué se podía haber equivocado esta vez. Pero el escenario del crimen estaba perfectamente cuidado y los de la científica se esforzaban por encontrar las pistas que nos dieran un nombre.

Bolsas, todo al final acababa en esas malditas bolsas transparentes para llevarlas al laboratorio y que el personal de allí me mirara con compasión y negara cada vez que me acercaba en busca de algo a lo que agarrarme. Era mi primer asesino, acababa de llegar de la comandancia de un pequeño pueblo. Me habían ascendido debido a mi espectacular servicio y lealtad al cuerpo. Mi compañero, el capitán Alonso, con veinte años de servicio, ahora mismo se tiraba los días en la oficina esperando a que su jubilación lo liberara de todos aquellos asesinatos que había tenido que presenciar, por ese motivo me mandaba a mi a hacer el trabajo de campo. Él se encargaba de la reflexión gracias a las pruebas y fotografías que le iba enseñando.

Cuando llegaba a la comandancia después de cada investigación, el capitán Alonso me llamaba para que le contara todo lo que había averiguado. Me sentaba frente a él, con la mesa de caoba haciendo de barrera generacional entre ambos y comenzaba a reflexionar cada detalle incitándome a corregirle y a exponerle mis argumentos. Me sacaba de quicio, pero sus palabras hacían trabajar a mi cerebro y la mayor parte de las veces acababa por descubrir algo que se me había pasado.

Aquella mañana había tenido que salir de casa con lo puesto, porque el capitán Alonso me había llamado para que acudiera a la escena del crimen. Cogí mis cosas y me encaminé a la urbanización donde residía la última víctima del asesinato del periódico. Los compañeros le habían puesto ese nombre porque solía representar asesinatos ya cometidos con nuevas víctimas. Siempre escogía a mujeres de la alta sociedad o con grandes fortunas, que vivían solas.

Los furgones de la científica y del forense ya estaban allí. Me había perdido entre todas aquellas urbanizaciones que salpicaban la sierra de la capital. Aparqué el coche frente a la puerta.

La casa, de planta baja, parecía un palacio griego. Unas grandes columnas sostenían un frontón triangular que recordaba a los palacetes de la antigüedad. Entré al hall que era un espacio abierto con una gran bóveda de la cual colgaba una lámpara gigantesca de cristal.

–¿Qué haces aquí?–preguntó alguien haciéndome salir del ensimismamiento.

Me giré para ver a uno de mis compañeros, el teniente Santos, que llevaba el uniforme y me miraba con el ceño fruncido.

–El capitán me avisó–contesté bajando la mirada.

No soportaba su expresión escrutándome. Se acercó sigilosamente y se puso a mi lado a la vez que suspiraba.

–Medina, este caso os queda grande–soltó con un tono reprobatorio.–Vete a casa–añadió mirándome con compasión y alejándose hacia uno de los pasillos que salían de la entrada.

Lo seguí, no me iba a rendir tan rápidamente.

Al oír mis pasos se giró para taladrarme con una furiosa mirada.

–Este caso es nuestro, no pienso abandonarlo porque se complique–contesté con altanería y adelantándole.

Los murmullos del resto del equipo me indicaron el camino. El largo pasillo lleno de puertas me condujo hacia la luz que se colaba por una puerta al final del trayecto.

La abrí y me quedé paralizada. Aún no me había acostumbrado al horror de ver una habitación llena de sangre. Las salpicaduras habían mancillado el papel pintado dorado.

Los de la científica iban de un lado a otro tomando muestras y guardando objetos en las bolsas. Junto al cadáver de una mujer de unos treinta años, vestida de traje de ejecutiva y con una expresión de terror en su rictus mortuario, estaba la fotocopia de la noticia del periódico que indicaba en que caso se había basado esta vez. Su firma también era rapar el pelo de sus víctimas.

La mujer tenía el cráneo aplastado y un gran charco de sangre la rodeaba como si de un halo se tratara.

–Las salpicaduras muestran que fue asesinada en esta habitación–dijo una voz a mi lado.

Me giré para ver a Santos que miraba distraído las paredes.

–¿Pero la ha movido no?–pregunté mirando las heridas de la víctima.

Una chica con mono blanco estaba arrodillada junto a la mujer examinándola y tomando fotografías.

–Sí, la víctima recibió varios golpes con un mazo u objeto parecido junto a esa pared, pero como no había espacio suficiente para colocarla como está ahora la arrastró–dijo señalando una línea de sangre que se desdibujaba sobre el suelo blanco de mármol.

–Ha seguido los mismos pasos que la noticia que nos ha dejado–contesté arrebatándole la bolsa con la fotocopia del periódico.

–Eso parece–añadió paseando su mirada por el salón.

Fruncí el ceño. El asesino siempre acababa por sacarnos de las casillas.

Aún no entendía por qué imitaba otros asesinatos.

Asentí y me alejé con la bolsa que contenía la fotocopia de la noticia del asesinato. Un chico de uniforme blanco me observó sin quitarme los ojos de encima y me tendió unos guantes de látex con una sonrisa forzada.

Saqué la fotocopia. El asesinato original había sucedido en los años noventa en un pequeño pueblo de la costa malagueña. Había sido un ajuste de cuentas entre dos bandas de narcos rivales. Me quedé pensativa. Los otros dos casos no tenían nada en común. El primero había estado basado en un asesinato pasional. El segundo había sido un suicidio que resultó ser un asesinato por parte de uno de los socios de una empresa en quiebra.

La única pista era que tenía que ser alguien con acceso a los periódicos, vamos que podía ser cualquiera. No podríamos ir por todas las bibliotecas

de la ciudad preguntando si habían visto a una persona que consultara esos periódicos, además también podía haberlo sacado de internet. Teníamos a unos cuantos novatos de la división de delitos informáticos revisando las consultas a los periódicos, pero por ahora no habían descubierto nada.

Salí de allí para dirigirme a la comandancia y contarle mis nuevas reflexiones al capitán Alonso. Cuando llegué la pizarra blanca que hasta ayer había permanecido en el despacho de Alonso, ahora la habían instalado en medio de la sala de trabajo y parecía que todos tenían algo que aportar.

Alonso estaba sentado frente a la pizarra con esa mirada perdida que ponía cuando estaba trabajando. Me acerqué a él y me senté para observar todas las pistas.

Los huecos de identificación del asesino estaban vacíos, en cambio el apartado de las víctimas estaba repleto de información. Tres mujeres, dos divorciadas, una soltera. Asesinadas por la noche. Una llamada anónima y dos de sus empleadas del hogar la mañana siguiente al asesinato.

Era viernes y hacía un mes desde el último asesinato. Llegué a la comandancia esa mañana más temprano que de costumbre sin haber pegado ojo. Me senté en mi mesa como cada mañana. Encendí el ordenador y me dispuse a mirar el correo cuando al mirar hacía el despacho de Alonso me percaté de que estaba cerrado, me extrañó porque había tenido guardia esa noche y debía de haber estado aún aquí.

–Santos–llamé a mi compañero de mesa que tenía puesto los auriculares y parecía concentrado en su pantalla.

Le toqué el brazo, acto que lo hizo sobresaltarse y mirarme con furia homicida. Se quitó los auriculares.

–¿Dónde se ha metido?–le pregunté señalando el despacho de Alonso. Santos se encogió de hombros y volvió a su trabajo.

–Otro en la urbanización Geranio–soltó uno de los compañeros aún sosteniendo el teléfono.

El silencio se apoderó de la sala. De pronto me di cuenta de algo. Hacía un mes Alonso tenía que haber estado de guardia pero no pudo ir a la escena del crimen y me mandó a mí. Miré el despacho vacío. Me levanté y fui a hablar con el comandante Belladur.

–¿Hoy no tenía guardia el capitán Alonso?–le solté nada más entrar.

Levantó la vista del ordenador y me escrutó con el ceño fruncido.

Después de hablar con el sargento y de que me confirmara lo que sospechaba fui a los compañeros encargados de examinar las pruebas y les pedí que echaran un vistazo a las cámaras de seguridad de la comandancia. Horas después uno de ellos me interceptó cuando me disponía a ir a comer y me dijo casi sin aliento que Alonso había estado ausente durante las guardias de noche los mismos días en los que habían sucedido los asesinatos. Además cuando llegué a mi mesa los de informática me habían dejado un informe diciendo que alguien había estado consultando esas noticias desde la Biblioteca Pública del barrio de Carabanchel.

Le comenté a Santos lo que estaba sospechando y se dio cuenta de que la

mañana del tercer asesinato nadie avisó a Alonso del hecho y por lo tanto era imposible que supiera incluso antes que ellos lo de la muerte. Sonreí y me fui a comer convencida de la idea que me rondaba la cabeza. Una parte de mi no quería creer lo que me decían las pistas, pero ahora recordaba uno de sus comentarios.

–Cuando llegue a casa no podré buscarlo–dijo.

Le miré extrañada y me encogí de hombros.

–¿No tienes internet?–Alonso negó con la cabeza y sonrió.

–Mi mujer dice que no es necesario que para eso tengo la biblioteca al lado de casa–contestó guiñando un ojo.

–No sé ni donde vives–añadí.

Quería caerle bien, así que le animé a continuar.

–En el barrio de Carabanchel.

Dejé el tenedor sobre el plato y cerré los ojos. Saqué el móvil y esperé.

–Llama a la biblioteca de Carabanchel y pregúntales si el capitán Alonso va mucho por allí y si consulta la prensa antigua–colgué y me levanté.

Salí al calor sofocante de la calle. Todo parecía sacado de una mala película. El teléfono comenzó a sonar, cuando lo saqué me quedé paralizada. En la pantalla marcaba Alonso. Tardé un buen rato en decidirme si cogerlo o no, pero finalmente descolgué por su insistencia.

–Bien hecho–dijo rápidamente.–Veo que mi misión de hacerte una buena teniente ha tenido sus frutos. Llegó un momento en el que pensé que no lo estaba haciendo bien, pero con tan solo cuatro asesinatos te has dado cuenta de quién es el culpable. Mis felicitaciones.

Me quedé sin palabras, no podía ser, aquello no era real.

–Por qué–logré pronunciar con la voz temblorosa.

El silencio se apoderó de la conversación y le oí suspirar.

–Teniente Medina, ha sido por su bien. No podía quedarme con los brazos cruzados viendo pasar el tiempo mientras desaprovechaba su talento. A veces uno debe construir sus propios problemas para poder evolucionar–contestó con seguridad y colgó.

Estaba tan sorprendida que no entendía nada. Salí corriendo y llegué a la comandancia. Entré en el despacho del comandante sin aliento y le expliqué atropelladamente todo lo que el capitán Alonso me había dicho. Se quedó mirándome con el ceño fruncido.

Unas horas después de aquella conversación estaba en la casa del capitán. Allí tenía guardado todo. Estaban los cabellos de las cuatro víctimas embolsados y etiquetados. Informes de sus vidas y planes de cómo asesinarlas. Además había conservado los guantes de látex y las armas que utilizaba en cada asesinato. Incluso hizo fotografías de antes y después de cometerlos.

Los de la científica esparcieron sus maletines y comenzaron a trabajar mientras Santos, el comandante y yo mirábamos con incredulidad la casa del que hasta hacía poco había sido uno de los capitanes más respetados de la Guardia Civil.

Nos había engañado a todos y a cada uno de los que estábamos allí. Hasta había contratado a un chico para que le sacara los artículos de los periódicos, pero la bibliotecaria se acordaba de que Alonso había estado

hablando con el joven.

Encontramos un diario donde había descrito cada asesinato y sus motivos. Mi nombre aparecía muchas veces, por sus palabras indicaba que aquello lo había hecho para enseñarme los métodos que utilizaban los asesinos y la forma de examinar y de esclarecer los hechos. Aquello me dejó aún más desconcertada. Me dieron ganas de vomitar y me sentí fatal. Recordé unas palabras que había dicho al mes de estar en la comandancia como teniente y ayudante suyo:

–Es cruel que diga esto, pero a ver si hay algún asesinato, que tengo ganas de acción.